

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montella y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena, un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Sábado 8 de Abril.

El Eco de Cartagena

LA EXPORTACION DE NUESTROS VINOS.

(Continuacion.)

Una casa española de Londres, la del Sr. Misa, ha logrado una cuantiosa fortuna con solo cuidar de que los Jereces que importa sean siempre de igual é idéntica clase y carácter.

No así con un vino desconocido que no tiene demanda: el comerciante gasta su tiempo y su dinero en recomendarlo y darlo á conocer; y cuando cree haber logrado intraducirlo, y hace por lo tanto pedidos de consideracion, se encuentra frecuentemente con que lo que se remite es muy diferente de lo que recibió antes, y que aun cada pipa es de distinto caracter, clase ó sabor. En lugar de obtener ganancia, ha sufrido una grande pérdida, quedando él y el vino desacreditados tras de sus penosos esfuerzos, por que sus parroquianos rechazan el vino por no ser igual al anterior.

Estas introducciones, por consiguiente, solo pueden ser practicables sobre la base de ser el tipo caracterizado y producido en abundantes cantidades homogéneas, sobre la que una módica ganancia le compense, en sus operaciones ulteriores por lo que gustó en la siembra de introduccion, asegurándose además un negocio constante.

La España, suelo privilegiado sobre la demass naciones para la vinicultura, puede, pues, aumentar su exportacion, ya considerable y progresiva, casi ilimitadamente; y si queremos, la podemos elevar fácilmente (con solo mejorar la elaboracion de las cantidades producidas actualmente) haciendo que, dentro de cinco ó seis años, deciento ochenta y un millones de pesetas en 1873, suba á trescientos millones de pesetas ó mas.

Para conseguirlo, las provincias centrales deben dedicarse al estudio y al progreso, abandonar la er-

rónea tendencia á imitaciones malas de los buenos vinos producidos en otras provincias de España ó del extranjero. Los anti-higiénicos jereces de Hamburgo fabricados con ingredientes químicos y sin el zumo de un solo grano de uva, son superiores en cuanto á sabor y carácter á las imitaciones españolas del verdadero Jerez.

Si las franceses compran nuestros vinos ordinarios navarros y riojanos, etc., y los convierten en Burdeos, Oporto, Borgoña etc., vendiéndolos á precio doble ó triple del que les costó, eso solo prueba, y claramente, que estan mas adelantados que nosotros en las depuraciones y manipulaciones, que saben mas que nosotros en la materia. No nos quejemos de ello, ni de que nuestros hierros vengán á Inglaterra para retornar á España bajo la forma de maquinaria, etc., ni de que nuestras sedas vayan á Lyon para ser devueltas en piezas de elegantes tejidos. Aprendamos, al contrario, á hacer nosotros mismos, en casa y con mayores ventajas, lo que ellos crean con esas nuestras primeras materias, pagando los portes, fletes, gastos, comisiones y derechos de ida y vuelta, y dando á sus obreros ganancias que deberian ser patrimonio de los nuestros, sobre todo cuando el pueblo español, sus obreros no son segundos ni inferiores en inteligencia á los de ninguna otra nacion.

Pero los esfuerzos aislados, por mas dignos y recomendables que sean como iniciativa, son casi siempre estériles en la práctica. «La union es la fuerza», y ella es la que obtiene resultados rápidos y seguros.

(Se continuará.)

(Fomento de la Produccion Nacional.)

MISCELANEA.

UN MIQUELETE.

Cuando el pueblo de Madrid y numerosísimos forasteros aclama-

ban frenéticamente á S. M. el Rey y al ejército victorioso, en el memorable dia de su entrada triunfal en Madrid, verificábase en una de las calles del tránsito una escena conmovedora de la que pocos quizás fueron testigos, y en la que el entusiasmo nacional por un lado, y el heroísmo de un valiente por otro, representaban el único y principal papel.

La fuerza de miqueletes que marchaba á vanguardia con S. M., como ha marchado siempre á vanguardia con el ejército en los combates, se hallaba descansando durante una de esas breves paradas, que el entusiasmo de la muchedumbre hacia frecuentemente necesarias.

Los fusiles de los miqueletes veíanse cubiertos de laurel, y mas de una bayoneta, que pocas semanas antes humeaba con sangre enemiga, desaparecia por completo bajo el follaje de lujosa y artistica corona.

Al frente de aquella fuerza, y á pocos pasos de ella, descansaba también su jefe. Joven, de apuesta figura, tostada la faz y orlada por abundante y sedosa barba, su juventud, su marcialidad y su continente bravo y modesto, simpático en extremo, llamaban poderosamente la atencion.

Llevaba la boina con ese admirable desembarazo, con esa gracia especial que no obedece á ningun estudio previo, á ninguna regla de «toilette», sino á la mas pura y rigurosa naturalidad; la esclavina del poncho, airosamente recogida sobre los hombros, dejaba en descubierto el pecho, en uno de cuyos lados, en el izquierdo, se veia, entre otras condecoraciones, la cruz laureada de San Fernando.

Esta honrosa distincion, el uniforme especial y la apostura del joven, era causa de que las miradas de gran número de personas se fijaran en él, preferentemente, victoreándole con gran entusiasmo. A todas estas manifestaciones contestaba con verdadera humildad, pero una imperceptible sonrisa dejaba ver bien á las claras que, si la fisonomía permanecía casi impassible, la gratitud, en cambio, hacia latir con violencia el corazon.

De pronto, y rompiendo las estrechas filas del público, un desconocido se adelantó hacia el jefe de los miqueletes. Llevaba aquel una cartera abierta con la mano derecha y un lápiz en la izquierda, y dirigiéndose decididamente á dicho jefe.

—¿Resida V. en Vitoria? le preguntó.

N—o señor—contestó el aludido;—soy miquelete y resido en San Sebastian.

El desconocido apuntó este dato en su cartera y volvió á preguntar:

—¿Su gracia de V.?

—Prudencio Arnau, respondió el miquelete.

El desconocido escribió este nombre, y señalando con un dedo la cruz laureada, prorumpió con acento conmovido y entusiasta:

—¿Me permite V. tener la honra de mandarle hecha de oro esa cruz laureada, desde Barcelona?

—Señor, balbuceó Arnau, no me considero acreedor á semejante obsequio.

—¿Quien á su edad de V. lleva esa cruz en el pecho, merece todo, la cruz, no de oro, sino de brillantes.

Y despues de esta exclamacion, el desconocido apretó convulsivamente la mano al miquelete y desapareció.

¿Que habia hecho aquel miquelete para despertar de tal modo el entusiasmo en una persona para el bravo militar completamente desconocida?

Esto es lo que me propongo revelar á los benévolos lectores de «El Tiempo», que han de hacer seguramente justicia á aquellos cuyos eminentes servicios á la causa de la Patria, del orden y de la libertad vivirán siempre como elocuentísima protesta contra apasionadas é inoportunas propagandas.

Prudencio Arnau nació en Guetaria el dia 28 de Abril de 1842. La heroica villa guipuzcoana, que con Hernani ha compartido de un modo que supera á todo elogio los horrores de un largo y cruento sitio, tuvo el honroso privilegio de cobijar entre sus muros invencibles